SADY ZAÑARTU

Santiago Calles Viejas

ALAMEDA DE LAS DELICIAS

DE ANTIQUISIMO brazo de río fue lecho. La hizo Cañada el primer bautizo español, bendecido desde la ermita de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que fundara don Pedro de Valdivia. Era su patrona esta virgen, traída en el arzón de su caballo de batalla, para alivio de las tentaciones que en pos de su alma militaban. Dios mediante, años después, en 1554, la ermita se convirtió en casa de franciscanos, y la Cañada tomó el nombre del trajín que hacían los hijos del Seráfico Padre. Por los numerosos templos que fueron rodeando aquel espacio, en un área no mayor de quinientos metros, se dijo que estaba allí "la Ciudad de Dios". En el costado sudoriente, el Carmen de San José, y, en hilera, con pocas cuadras de intermitencia, hacia el poniente, San Juan de Dios, San Francisco, La Soledad y San Diego; por el costado norte, San Saturnino, las Claras, y, como cúspide y memoria, el santuario de la Virgen Santa Lucía.

Los padres franciscanos construyeron un puentecito de cal y ladrillo sobre la pantanosa Cañada, mitad caja de río y basural, para pasar a la puerta de su convento. Luego empezó el pueblo a merodear, atraído por el matutino chocolate de las monjas clarisas y la rica olla de lentejas de los franciscanos. La cristiandad retribuía con cestitos de gallinas y huevos su amistoso fervor.

Cuando el siglo XVIII asomó su cara ceremoniosa, la Cañada dibujaba a lo vivo un retablo lugareño. La cordillera se veía tan cerca como si la mirasen con vidrio de aumento. El cequión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que venía ancho y desparramado frente a San Francisco, se dividía en dos pequeños brazos de agua que lamían las raíces rosadas de los acacios y las verdes cabelleras de los sauces. En ambas acequias se bañaban los chiquillos, y cuando pasaban señoras se escondían tras los troncos de los árboles o enturbiaban el agua. Los caballos y tropillas de burros, que traficaban para San Diego el Viejo, se detenían también a refrescarse en sus orillas.

Los herradores y barberos situaban sus bancos a lo largo de la

Cañada. El comercio de puesteros tenía la tutela seráfica de nuestro padre San Francisco.

En el verano, hileras de calesas permanecían por largas horas bajo los árboles, dando descanso a sus lustrosas mulas choapinas.

En la segunda mitad del siglo, la Cañada se extendía hacia el poniente hasta la plazuela de San Lázaro, y desde allí tomó el nombre de Cañada de Saravia por las quintas que, cerca de la ermita de San Miguel, poseían los marqueses de la Pica Bravo de Saravia.

El matadero quedaba en esos andurriales. Una mañana de diciembre se les escapó un bravo novillo de Chada a los matanceros de San Miguel. Siguió en desenfrenada carrera hasta el camino de San Diego el Viejo, en medio del alboroto de los pacíficos vecinos de las quintas y predios cercanos, y, cegado por el revoque rojo del templo franciscano, se lanzó sobre el portón, abierto de par en par. Se celebraba una misa de festividad. El novillo no se detuvo en su fiero ímpetu al trasponer los umbrales y penetró en el interior del sagrado recinto durante el oficio divino, provocando entre los fieles una batahola de gritos y carreras. En la penumbra de las naves el animal se sintió acorralado y trató de buscar salida en dirección al altar mayor. Los padres oficiantes, aterrorizados, se encaramaron en el ara misma del altar, con albas y casullas, echando a rodar por el suelo candelabros y floreros. ¡Qué lejos estaban del evangelio del pobrecito de Asís!

Algunos encopetados señorones, que oían la misa con suma devoción, contemplaban desde el púlpito con ojos desorbitados aquel campo de Agramante, y no faltaban otros que, refugiados en los confesionarios, pareciesen toreros novicios ante la primera embestida. Las señoras que en el tumulto no habían alcanzado a arrancar, yacían desmayadas en bancos y reclinatorios.

El repique de peligro puso en conmoción a la ciudad, y acudieron numerosos soldados y mulatos a prestar socorro a los feligreses. No faltó entre ellos un buen laceador que al fin diera con el novillo, arrastrándolo fuera del templo, donde dejó la mácula de sus huellas y el regocijo de fieles y hermanos menores.

Al prender sus camaretas el siglo XIX, la vieja Cañada franciscana entonó un himno de rebelión a lo largo de sus cruces y oratorios. Desde el Alto del Molino de Araya hasta Chuchunco (junta de aguas) había rumores de vientos patrios y tintineos de sables. Era la hora en que iba a sonar para la Cañada española su grito de emancipación y a perder su aspecto de cascajal.

El mayorazgo O'Higgins, que había cruzado con las pupilas inquietas, bajo sus añosos sauces, en dirección del camino de Padura, después del desastre de Rancagua, regresaba ahora de los Llanos de Maipo entre toques de rebato y gloria. Los claustros de San Diego estaban repletos de prisioneros de Burgos e iba a imponerles su indemnización de guerra. El ilustre capitán ya no enarbolaba su espada en la mano liberadora, sino una pluma con la que trazó, sobre una tira de papel, varios puntos de tinta

que delinearon la actual Alameda Bernardo O'Higgins(7) y que costó a los prisioneros dos años de agrio sudor, aunque tuvieron para refrescarse las sombras apacibles de las quintas contiguas al paseo, y que ellos llamaron "de sus delicias" por las muchas que les reportó su cautiverio.(8)

La Alameda, al comienzo de la República, empieza a ser la arteria principal de Santiago. En 1829 se prolongaba hasta el Llano de Portales, donde hacían sus diarios ejercicios de práctica en el terreno los deshechos batallones de la Patria Nueva. Cuatro hileras de los álamos que en 1809 introdujera al país el provincial franciscano Javier Guzmán, crecían a gran altura, formando canales de cielo azul en el espacio. Entre las filas de árboles corrían pequeñas acequias de agua muy clara en contacto con sus raíces. Al centro quedaba el paseo, mantenido por una gruesa capa de arena que se barría y regaba dos veces al día en el verano. La Alameda era interrumpida por dos espacios circulares que llamaban "los óvalos" y que servían para dar paso a los carruajes y caballerías que iban al Llano de Maipú, y evitar su tráfico por la calzada central. En las tardes, las bandas de músicos tocaban en "los óvalos" y los paseantes formaban filas, como en el estrado, para saludarse y conversar. El lujo de la Alameda eran sus grandes bancos de piedra pulida, labrados en forma de lechos griegos, y donde las damas, al bajar de sus calesas, descansaban y se hacían servir refrescos de los cafés vecinos. La gente de a caballo quedaba a la expectativa, por los caminos fuera del paseo, y muchos se divertían en tintinear con las rodajas de plata de sus espuelas para atraer sonrisas de las buenas mozas.

Un extranjero dijo después en sus memorias que en la Cañada había visto "las mujeres más hermosas del mundo".(9)

Los muchachos ya no jugaban a la chueca colonial, pero, en cambio, colocaban sobre la corriente de las acequias dos astillas de madera y apostaban pequeñas sumas a quién ganaba la carrera, y corrían por ambas orillas, siguiendo con emoción los percances de los improvisados caballitos de agua.

En la Alameda las reuniones sociales se verificaban en la mañana, después de misa, y en la tarde, después de la novena. Por entre los árboles los novios bebían los libres aires de la República y las luces del hogar chileno. Al frente, en casa de corredores, los cafés de mesitas y asientos tenían música y canto, y hasta improvisadores que hacían sátiras sobre caudillos y generales, priores y abadesas. En el costado sur quedaban las casas de grandes parrales, bajo cuyas verdes hojas celebraban "los picholeos" y jaranas los mozos santiaguinos, y sus meriendas las personas graves que no podían ir al parral de Gómez o a las sombras de las higueras del Tuerto Trujillo.

En esas quintas de la calle Duarte,(10) a un paso de la Alameda, estaban los mejores rabelistas, arpistas y cantoras de tonadas y zambas nacionales.

Las delicias se iban acollarando por un extraño destino, desde que

encontraron allí los prisioneros de Maipo un alivio para sus trabajos forzados, hasta los tiempos en que el romanticismo exaltó las pasiones de los hombres y convirtió el paseo en un camino de glorias y experiencias.(11)

Su prestigio legendario suele recobrarlo en noches de Pascua y de Año Nuevo, cuando se transforma en una cinta de fiesta con sus puestos y ramadas, fondas y ventorrillos, en los mismos sitios donde antiguo lo establecieran las ordenanzas para las chinganas "desde la esquina abajo de la Moneda hasta el Colegio de San Agustín".

Y es en esta fascinante miscelánea de los escaparates llenos de alfarería liliputiense, de los vasos blancos de horchata "con malicia", de los ramitos de albahaca, suspirosos y tiernos, de la música de "guaraguas" y el viento tricolor, donde la vieja Cañada de San Francisco desvía a la Alameda de las Delicias para tornar al regazo encantado que la vio nacer.

CALLE DE LAS RAMADAS

NACIO la callejuela como Dios o el Diablo, sin que nadie supiera cuándo ni cómo...

Se cree que las ráfagas del Mapocho trajeron de los carrizos riberanos las briznas de totora de las primeras ramadas en las que habría de anidarse el alma de la calle.

Cuando surgió al trajín, con sus casas de quincha, era lo más humilde que había en la ciudad. En las noches, sus chiribitiles ocultaban sombras siniestras de poncho y cuchillo. Pero su cercanía a la plaza del Basural (Mercado Central) la hizo la arteria del pobrerío sosegado, que nada quería con la justicia. Llegaba hasta allí, huraña y oblicua, continuando el antiguo límite de la capital que empezaba en la calle de los Tres Montes.

La callejuela, con sus barrizales en el invierno y sus nubes de polvo en el verano, parecía la prolongación del cascajal del río por su aspecto sucio y desamparado. A la vera del camino, hombres del pueblo dormían su borrachera, con los velludos pechos al sol, y otros, en pequeños grupos, jugaban a los naipes y tabas, mientras los chiquillos disputaban las clavadas de los trompos, riñendo porque estaba "cebito" o porque estaba "cucarro".

Algunas mujeres, en las puertas de los ranchos, soltaban sus moños de trueno para asolear las matas negras de cabellos, como los ricos hacían con su plata en los pellones. La vida íntima salía a la calle en los tendidos de ropa blanca y en las cocinerías de los braseros. Las comadres terminaban sus grescas disparando pedruscos a los chanchos invasores. Más tarde, los vecinos aprovecharon su proximidad a la plazuela de Santo Domingo para adquirir el pescado de primera mano, y establecer ventorrillos de fritangas, que fueron muy favorecidos por los abasteros y comerciantes del centro.

La Juana Carrión, a fin de atraer a su puesto mayor número de parroquianos, hizo a su hija cantar en la guitarra tiernas y maliciosas tonadas para "entretener el oído". La vecina, viendo el éxito, la imitó y lo mismo la del frente, la de más allá, hasta que, al poco tiempo, la calle

entera se animó de cantos y rasgueos, y tuvo asiduos clientes en los viejos verdes y mozalbetes, quienes, al concertarse para ir a una sandunga, no decían "vamos a las chinganas", sino "vamos a las ramadas", de donde vino el origen del nombre.

Años después ensanchóse la calle en su centro y formó una plazuela que se rodeó de pintorescas casas, y vino a servir de estación al Puente de Palo de la Recoleta. La principal de esas casas clavó su pilar de piedra en la esquina norponiente, y al abrir en las tardes sus caladas celosías de madera, dejó aire al perfume de sus flores y cielo al canto de sus pájaros. Frente a la plazuela, se levantó un barracón en el que se efectuaron, en el año 18, las primeras representaciones de comedia en Santiago, siendo empresario don Domingo Arteaga. Era éste un corral que tenía en el fondo un tablado cubierto de telas de saco y llamado por el público "Espejo de la vida".

Estas funciones dieron mucha animación a la plazuela por el gentío que acudía a sus tendales y mesones, instalados para el expendio, en los entreactos, de bebidas y dulces.

Los vecinos copetudos llegaban al teatro precedidos de sus criados negros que cargaban en hombros las silletas y cojines, para colocarlos en "los cuartos", o sea, en los espacios desde donde seguirían el curso de la comedia.

El pueblo quedaba atrás, en la cazuela, y se disponía a recoger, con supersticiosa gravedad, en cada palabra del actor la sentencia que haría luz en su entendimiento al señalar el castigo que habría de caer sobre el criado mentiroso, el amigo fingido y el despensero ladrón. Tampoco faltaba entre los protagonistas un gobernador que se descuidaba del buen gobierno de su república, ni un padre sin carácter para refrenar la libertad de sus hijos. A pesar de ser éstas representaciones ejemplares, un libro que enseñaba a bien vivir, apenas la función terminaba la gente se iba a las ramadas a empezar la noche de los danzantes, en la que caballeros y campesinos sacaban chispas al zapateo de punta y taco.

En los primeros días septembrinos de 1830 un vientecillo juguetón infla las alas azules de la capa de don Diego Portales, y el popular Ministro inaugura en la casa esquina una "Filarmónica", en remedo al salón de baile, del mismo nombre, situado en la calle de Santo Domingo, en el que se reunía la mejor sociedad de la capital. Don Diego gustaba tañer en el arpa la zamacueca, lo que hacía con primor, y muy rara vez. Sólo en medio de sus íntimos azuzaba el genio con los recuerdos de una saturnal de malambo, y se ponía a danzar el baile indígena, aprendido en Lima.

Los domingos, que era el día preferido de don Diego, la "Filarmónica" de las Ramadas ostentaba en su frontis la luminaria de fiesta, y la calle se llenaba con los rumores del arpa y la vihuela. Las convidadas eran niñas alegres, pero no de mala vida, fervorosas del rosario y de la zamba a un mismo tiempo; los convidados, sus correligionarios de la tertulia política y algunos jóvenes oficiales del Cuerpo de Vigilantes. Don

Diego era el alma de esas reuniones nocturnas, donde hablaba con vehemencia de los sucesos políticos, y con extrema veleidad pasaba de los impulsos de una violenta cólera a una alegría casi infantil.

En una de estas veladas, un amigo le instó a que dejase "su incomprensible desinterés" y derrocara al general Prieto.

Portales se encogió de hombros ante la insinuación, y con sonrisa burlona respondió:

–¡Qué! ¿Quiere usted que yo cambie la Presidencia por una zamacueca?

La "Filarmónica" derramaba por su balcón volado torrentes de música y de palmoteos que se perdían en la callejuela obscura. La tonada salía de allí viva en asuntos de amor, y como la chispa del cuento infantil, antes de apagarse, suplicaba que le aplicasen de nuevo una pajita para encenderse más. Así, al tañer de la guitarra, se repetía el aire con distinta letra y la melodía brotaba henchida de sollozos, como un canto de desesperanzas o llena de estremecimientos voluptuosos, que luego la calle recogía para hacerla pulsación de su sentimiento.

Al amanecer se veía escotero de las murallas a un embozado, de rara belleza varonil, que dejaba entrever por el sombrero de castor una nariz que parecía huronear la media luz gozosa y virginal.

Don Diego Portales era el principal subscriptor de la "Filarmónica" y costeaba sus gastos con tres onzas mensuales. Las buenas mozas le apreciaban por ser el más vivo y chistoso mantenedor de los picholeos, aunque poco bebía y en rara ocasión bailaba.

La calle cuidó la ascendencia ilustre en los años posteriores, y sus casas fueron alegres y misteriosas a la vez, españolas y moras, con balcones salientes y corridos, como la del edil don Antonio Vidal, en el eriazo, frente a la plazuela donde estuvo el primer teatro de comedia. Había ojos que atisbaban por las celosías o el criollo "mucharabied". Había menestras y vinos dulces en las puertas de esquina. En los portalones enroñados, jaulas de pájaros cantores y escaleras clandestinas. En la tertulia, ponche "con malicia" y matecito dorado de las monjas.

Las continuas visitas que los cadetes de la Escuela Militar del año 1900 hacían a "las Copuchas", aquellas niñas buenas y condescendientes, cuyos redondos y frescos cachetes tanto celebraran, mantuvieron todavía por algún tiempo el aire galante de las plumas y entorchados. Portales había sido el primero en llevar allí a oír tonadas olorosas a campo y soledad a los jóvenes oficiales cívicos de su gobierno dictatorial. Las parrandas en esos ranchos le hacían amar la guitarra del país, las buenas voces que vibraban el quejido amoroso con íntima ternura, durante noches enteras.

El nombre actual de la calle recuerda la gloriosa corbeta *Esmeralda*, en la que Arturo Prat se inmolara.

De su pasado colonial sólo queda la casa esquina de la "Filarmónica", cuyo balcón volado avanza sobre la calle y se sostiene arrogante en el pilar de piedra. Hay una sombra misteriosa que la protege de las

acechanzas de la barreta demoledora. Las rejas de sus ventanas son de la antigua forja vizcaína, colocadas allí, como piezas de museo, para dar la sugestión del ambiente. Una de ellas pertenecía al típico balconete desde el cual el Corregidor Zañartu vigilaba la construcción del Puente de Cal y Canto. En el frente, que da a la plazuela, donde añora una auténtica pila el romance ido, está el escudo del linaje, labrado en piedra, de aquel hombre singular.(26)

La "Filarmónica" de Portales es hoy la "Posada del Corregidor". Aunque ninguna relación tiene su nombre con el célebre justicia mayor de la ciudad, ese bautismo ha servido para recordarlo en la urbe arrolladora, vinculándolo a la plazuela donde, más de una vez, hizo un alto con los celadores de su ronda. Bajo el rústico artesonado, cuando arden los velones de la cena, cobra la posada el prestigio de los antiguos mesones castellanos. Es la "peña" de los poetas y pintores, que sonríen del pasado y deshumanizan el alma de las cosas. En el claroscuro, lindas mujeres, de siluetas estilizadas, lloran sutilmente la ausencia del romance. Y cuando el arte menos se entiende en la noche tibia y fragante, la risa irónica de don Diego Portales estalla en el rasgueo de las guitarras criollas con la auténtica gracia del viejo Chile de "las ramadas".